

son simbólicas. Así, no solo la predicción del zorro a las gallinas del *Roman de Renart* no tiene valor simbólico sino que, por ejemplo, si se hubiera explicado porque el Paso del Mar Rojo es antíntipo del bautismo de Cristo nos hubiera podido explicar también el sentido simbólico común de ambas narraciones. En lugar de esto, parece poner la tipología medieval en el mismo nivel de las alegorías morales de los animales o de la descripción de simples costumbres y supersticiones.

Ello puede explicar que, cuando el autor, en la primera parte, resume las diversas teorías que otros autores han hecho sobre el simbolismo, de vez en cuando caiga en ciertas incoherencias explicativas, lo que denota, a mi juicio, que el autor repite lo que ha leído sin, muchas veces, captar su verdadero sentido. Ahora bien, este defecto no es exclusivo de Sebastián sino un hecho bastante común en personas que, como historiadores generales, del arte y de la literatu-

ra, teólogos, etnólogos, etc., se ven obligados a manejar un material cuyo contenido simbólico, si bien reconocen, no acaban de captar. El simbolismo parece que quiere imponerse como una disciplina importante o auxiliar en muchos campos relacionados con las ciencias humanas, pero su manejo por personas no especializadas o con poca sensibilidad para el tema puede conducir a confusiones algunas veces más graves que su desconocimiento.

La inclusión de ejemplos valencianos de los siglos XIV y XV muestra que el autor estaba en estos campos más en su ámbito. También su manera de explicar la religiosidad medieval denota que la ideología del autor está más en sintonía con obras de arte más tardías. Pero su empeño por acercarnos al arte medieval es más que loable, ya que el libro es un resumen de la visión del mundo de la que emerge el arte cristiano anterior al Renacimiento.

*Maria Assumpta García Renau*

### ABULAFIA, David

*A Mediterranean Emporium. The Catalan Kingdom of Majorca*  
Cambridge: Cambridge University Press, 1994. XXIV, 295 p.  
Traducción en castellano: *Un Emporio Mediterráneo*  
Barcelona: Omega, 1996

Por fin todos los investigadores del reino de Mallorca cuentan con una obra de referencia ineludible. Desde que Hillgart iniciara sus investigaciones sobre la Corona de Aragón y advirtiera sobre su sospechosa homogeneidad se produjo un cambio de perspectiva en los estudios sobre el Mediterráneo medieval que tiene una de sus culminaciones en el libro que ahora presento. Nunca antes este reino había sido situado con tanta precisión, estudiado desde el mismo prisma que se aplica al resto de los reinos que existían durante la edad media en la actual geografía española. El reino de Mallorca era

un territorio heterogéneo que englobaba dos realidades diferentes: por un lado las islas, plenamente integradas en las rutas comerciales mediterráneas y atlánticas, que se caracterizan por su constante actividad comercial con el norte de África y por su continua aportación de infraestructura naval necesaria a otros para el desarrollo de la aventura mercantil. Por otro lado, los territorios continentales integrados en las rutas terrestres que enlazaban el norte de Europa con el Mediterráneo occidental y más comprometidos con el desarrollo de actividades manufactureras.

El desarrollo de una nueva interpretación sobre el reino de Mallorca, tan desconocido, obliga a Abulafia a utilizar una cierta repetición enfática. Ciertamente el lector no se perderá durante la lectura, pues los argumentos principales reaparecen constantemente a lo largo del libro.

Abulafia divide su obra en tres partes, las cuales engloban cada una de ellas diversos capítulos. La primera, de cinco capítulos, es utilizada para presentar el escenario en el que tendrá lugar el drama que pretende narrarnos: el drama del fracaso del reino de Mallorca. ¿Cuáles son las causas de su desventura? ¿Por qué no transcendió su existencia en la historiografía posterior? Todos estos interrogantes encuentran sus elaboraciones —histórica, jurídica, historiográfica y también de interpretación— en esta primera parte.

En el capítulo primero, el ejercicio preliminar indispensable es situar correctamente al lector. Abulafia realiza un pequeño recorrido por las Islas Baleares desde el siglo VIII hasta su conquista definitiva por Jaime I en 1229. Este viaje resulta necesario, debido a la habitual omisión de esta región en muchos compendios de historia de España. Recuerda el historiador que las Baleares fueron el último territorio en ser conquistado por los musulmanes —que las usarán como base permanente en sus incursiones de saqueo a las costas cristianas—, y que se vieron aisladas de la oleada almohade, prosperando como un importante enclave comercial. La conquista catalana tuvo como consecuencia un repartimiento feudal; una organización del espacio semejante a la desarrollada en los territorios cristianos de Tierra Santa, aunque los problemas aparecen —y esto está ampliamente ejemplificado en los capítulos posteriores—, tras la muerte del Conquistador, cuyo ambiguo testamento obligaba al reino de Mallorca a usar la moneda de Barcelona y a regirse por los *usatges*. Se plantea entonces un interro-

gante turbador: ¿Es el reino de Mallorca un territorio independiente o sometido a la Corona de Aragón? Este será un problema que resurgirá a lo largo de toda la existencia del reino, y que encontramos también salpicando la obra en todo momento. Así, la economía isleña prosperó rápidamente y de forma inversamente proporcional a la capacidad de los miembros de la dinastía reinante para hacer frente a las presiones exteriores —sobre todo aragonesas—. Sólo bajo Jaime III, el reino se decide a poner fin a esta ambigüedad (un rey no puede estar sometido a otro rey), encontrando entonces el final de su autonomía. Incorporado ya a la Corona de Aragón, el reino sufre las mismas incertidumbres que la península. Abulafia habla, de los siglos XIV y XV. Habla de la crisis. La ambigüedad del vocablo y las premisas, aún no resueltas, del *debate Brenner*, permiten a Abulafia evitar entrar directamente en el conflicto y pasar, de momento, al capítulo siguiente.

En el capítulo segundo se hace patente que esta obra viene a cubrir un hueco historiográfico. El reino de Mallorca —el propio Abulafia lo expone de forma pormenorizada— ha recibido muy poca atención por parte de los historiadores. Ello, puede decirse, se debe a su corta duración. Sin embargo, para Abulafia, existen otros problemas: la excesiva concentración de los estudios en el reino de Castilla, la total dispersión de las fuentes (diseminadas entre varios archivos en diferentes geografías) y el hecho de que el reino de Mallorca englobe territorios que en la actualidad pertenecen a varios países. Esta obra olvida, sin embargo, otras, como son el excesivo énfasis de los historiadores catalanes en presentar la crónica catalano-aragonesa como un entramado de acontecimientos que se desarrollan en un marco de harmonía entre las distintas ramas de la monarquía. Abulafia sabe quitarnos pronto esta venda de los ojos, al demostrar cómo el reino de Mallorca tuvo

que ser conquistado en dos ocasiones por los soberanos aragoneses: la primera conquista bajo Jaume I, en 1229. La segunda por Pedro IV de Aragón, que aprovechó los continuos intentos de la dinastía mallorquina por acercarse a Francia, para conquistar las islas.

Se nos ofrece seguidamente un resumen acerca del estado actual de las investigaciones sobre el reino de Mallorca, alertándonos sobre su extremado carácter localista, tanto en lo que a las islas se refiere como en los territorios continentales, en contraste con la insospechada riqueza de las fuentes del reino, muy numerosas. El capítulo —y esto es una constante—acaba con otra de las claves del drama: la Mallorca medieval nunca pudo ser, en términos comerciales, un reino totalmente independiente.

El capítulo tercero explica cómo el reino catalán de Mallorca se movió siempre entre la ambigüedad: por una parte, estaba su prestigio como enclave comercial de primer orden; por otra, se le ha considerado siempre un reino gobernado por una dinastía torpe, incapaz de hacer valer sus derechos como soberanos independientes ante los reyes de Aragón. Pero hay otros problemas sobre los que Abulafia induce a reflexionar: ¿Era el reino de Mallorca una dispersión de territorios o, por el contrario, estamos ante un estado fronterizo concebido como un plan? Sin duda, no podemos hablar aún de un estado: el reino nunca tuvo un ejército profesional al mando de la monarquía; jamás contó con un mecanismo de propaganda a su servicio eficazmente desarrollado (no existen crónicas autóctonas), que permitiera a sus ciudadanos una conciencia distintiva; no desplegó un sistema de fiscalización eficaz, pues, de hecho, nunca estuvo claro si los catalanes debían pagar los impuestos comerciales. Por otra parte la situación de Montpellier era muy ambigua. Todas estas razones han propiciado que se hable de un «feudum honoratum sine omni servicio», de un

feudo al servicio de los condes de Barcelona. La clave: el reino catalán de Mallorca sufrió un «desdoblamiento de personalidades».

Los capítulos siguientes —cuarto y quinto— tienen una estructura unitaria. Abulafia propone un ejercicio de perspectiva: si el reino de Mallorca es, en definitiva, uno de los reinos de la España peninsular, ¿por qué no observarlo como lo hubieran hecho los gigantes de la historiografía de la edad media en España? ¿Por qué no ver el reino de Mallorca bajo el prisma propuesto por Américo Castro, incidiendo sobre la coexistencia de las tres religiones (musulmanes, judíos y cristianos)? Así reaparece en la escena de la historia el mito de la relación entre estas religiones universales.

En el capítulo cuarto se analiza la posición de los musulmanes en esta convivencia. El lector tendrá así noticia de que la mayor parte de los que vivían en las islas en el siglo XIII no eran de origen balear: los sarracenos autóctonos fueron diezmados de tal manera durante la conquista que los colonizadores se vieron obligados a importar esclavos y mano de obra del reino de Valencia. La población musulmana, además, apenas aparece en la documentación relativa al comercio. Consta, también, que muchos de ellos intentaron huir de la isla. Abulafia se ve en la obligación de confesar que, aunque la corona no estableciera nunca una política antimusulmana, se creó una cierta atmósfera hostil. Era necesario que Mallorca, ese emporio mediterráneo, limpiara su antigua imagen de enclave musulmán para no ahuyentar a los ricos mercaderes italianos en su deseo de establecerse en la isla. Pero, según se desprende de la lectura del libro, Mallorca no fue la única geografía del reino que se vio envuelta en esta atmósfera hostil: también la población sarracena de Menorca, tras su conquista en 1287, fue condenada a la esclavitud, alimentando el ya floreciente mercado de esclavos mallorquín.

En el quinto capítulo nuestro autor se siente más cómodo. No en vano ha dedicado gran parte de su vida y de sus investigaciones al problema de las comunidades judías. Esta erudición le permite partir de la base de que dichas comunidades de Mallorca tenían vínculos familiares con la península Ibérica, el sur de Francia y el Magreb, para desglosar finalmente el capítulo en dos grandes apartados: la reclusión de los judíos en el *Call* desde 1229 hasta 1435 debido a que Mallorca era un territorio de frontera. La existencia de dichas comunidades en las islas se justificaba por el enorme interés financiero que tenían para los conquistadores. A pesar de todo, «Mallorca became something of a haven for foreign Jews», pues permitía estrechar lazos comerciales con todos los puertos del Mediterráneo occidental y además los judíos estaban vinculados a todas las esferas comerciales de la isla. También la situación de los judíos del sur de Francia es analizada por Abulafia y lo primero que se pone de manifiesto es la dificultad que supone el estudio de estas comunidades. Pero, según se deduce de su investigación, la participación de los judíos en las operaciones comerciales se limitaba a la financiación de las mismas. Todo ello permite a Abulafia concluir que el reino de Mallorca es el lugar paradigmático del fracaso de la convivencia de las tres religiones. — ¿Realidad histórica o espejismo historiográfico?

La segunda parte del libro, compuesta de seis capítulos (del quinto al onceavo), se inicia en el capítulo sexto y en ella se aborda en profundidad toda la problemática referente al comercio, analizada en tres planos: la situación antes de la conquista (hasta 1229), durante el proceso de gestación del reino y, finalmente, tras la reincorporación a la Corona de

Aragón. Según puede leerse, los vínculos comerciales entre Mallorca y Barcelona eran ya estrechos antes de 1229, aunque obviamente se intensificaron a raíz de la conquista, propiciando, en los años 40 del siglo XIII, la aparición de una élite comercial en proceso de formación en la isla formada por comerciantes toscanos y entre los que el elemento catalán no parece constituir un factor de gran peso. La conquista, realizada sin la ayuda de las flotas italianas, supuso un punto de inflexión en la lucha que mantenían las ciudades mediterráneas por la hegemonía marítima. Sin embargo, para asegurar la isla, Jaime I opta por ampliar los privilegios a las crecientes élites italianas de la isla. A medida que la ciudad se desarrollaba, se iba haciendo más dependiente de la importación de grano, pues los intentos por potenciar la agricultura balear fracasaron debido a la cercanía de Sicilia, el principal productor agrícola del Mediterráneo. El capital y la iniciativa de las comunidades judías, al parecer favorecidas inicialmente por la conquista cristiana, tuvieron también una notable incidencia en el comercio balear. Mallorca fue, sobre todo, un lugar de paso, una escala necesaria en las rutas que conectaban las costas italianas con el levante de la península Ibérica, el norte de África y, posteriormente, con las ciudades europeas del Atlántico. El Magreb parece ser, sin embargo, el destino comercial por excelencia (Túnez, Alger, Ceuta...). El papel de los territorios continentales —en especial Montpellier— es clave para entender las rutas de los mercados europeos al permitir la entrada de artículos de lujo procedentes de Mallorca, hacia los mercados continentales.

El séptimo capítulo se detiene en la situación del comercio mallorquín durante el turbulento período de las vísperas sicilianas. Sin duda el enfrentamiento entre los Anjou de Francia y la casa condal de Barcelona perturbó las rutas del comercio balear, sobre todo desde el ins-

tante en el que el rey de Mallorca Jaime II creyó que una alianza en contra de los catalano-aragoneses le permitiría, de una vez por todas, el fin de su supuesta dependencia de dicha Corona. Este enfrentamiento abierto obligó a la ruptura con Cataluña, dificultando la importación de grano, en manos de los catalanes peninsulares. El comercio de Mallorca se vio, por lo tanto, obligado a reorientar sus puntos de destino y la dinámica de su red comercial, más limitada geográficamente tanto por la conflictividad de los destinos tradicionalmente peninsulares como por la obligación de los mercaderes mallorquines de no aventurarse más de unas semanas en cada partida. Un análisis detallado de las fuentes de la época (en especial del *Llibre de Llicències* de 1284) permite a Abulafia replantear algunos mitos historiográficos como el de la escasez de navegación en los meses de invierno (que desde Braudel era una premisa incuestionable) y que no es evidenciable en la Mallorca de 1284. Se aprecia, por otra parte, una intensificación de los vínculos comerciales con los territorios musulmanes (en especial con Sevilla y el Magreb, siendo los puertos más próximos los más visitados), acompañada del creciente interés de la monarquía por establecer cónsules en los puertos de destino de sus barcos. Dichos cónsules estaban en continuo litigio con sus homónimos catalanes. No obstante la fragilidad del reino de Mallorca se puso pronto de manifiesto y Jaime II acabaría perdiendo las Baleares. A dos años del final de la guerra de las Vísperas y tras una breve experiencia de hegemonía catalana «it was not clear, around 1300, what benefit the restoration for Majorcan rule over the Balearics would bring the island's merchants».

En el capítulo octavo el historiador analiza la evolución del reino durante la primera mitad del siglo XIV. Para él una cosa está clara: la monarquía mallorquina no estaba capacitada para convertir el

reino en un estado autónomo independiente de las potencias exteriores. A cambio, intentó desarrollar una ambiciosa política económica que incluía fundación de ciudades, intensificación de sus redes comerciales con el norte de África, creación de consulados en puertos extranjeros, construcción de una flota comercial y acuñación de moneda propia. Todas estas medidas constituyen las bases de un imaginario político desarrollado a instancias de la monarquía que trataba, además, de que el reino fuese, si no autosuficiente, sí menos dependiente de la importación de cereal y materias primas, pues la economía del reino, tanto en las islas como en los territorios continentales, se encontraba dominada por el comercio exterior. La mejora de las infraestructuras portuarias en las costas francesas del Mediterráneo provocó una forzada desviación de las rutas comerciales hacia estos nuevos canales de redistribución, produciendo graves consecuencias en la economía del reino de Mallorca.

El capítulo noveno de esta obra recorre las dos últimas décadas del reino independiente de Mallorca. Las fuentes documentales utilizadas por Abulafia para la exposición de este periodo se centran en los registros de  *ancoratge* (impuesto que gravaba los barcos que llegaban a Ciudad de Mallorca). Sin duda la tipología de las fuentes ha determinado los resultados expositivos, pues apenas pueden inferirse las rutas que seguían los barcos que arribaban a puerto. Pero el análisis de su procedencia permite a Abulafia subrayar la importancia de los vínculos comerciales con los puertos atlánticos. Las islas Baleares compartían su papel intermedio en las rutas comerciales con los territorios continentales del reino de Mallorca. Del triángulo formado por el Rosellón, la Cerdanya y el Conflent, Perpiñán, centro de redistribución de los paños flamencos transportados al sur por vía terrestre, era la ciudad más importante. Aparece entonces el contraste entre los

territorios continentales y las islas: éstas florecían como centro comercial, mientras que aquellos tenían un marcado perfil industrial. La privilegiada situación geográfica de todos los territorios del reino en las rutas que unían la Europa mediterránea y septentrional con África, Italia y el levante peninsular hispano fueron, sin duda, claves para el éxito económico del reino.

El décimo capítulo lo dedica el autor a tratar un tema muy poco estudiado: el papel del reino de Mallorca en las rutas mercantes del Atlántico. Abulafia plantea cómo la navegación más allá del estrecho de Gibraltar exigía la resolución de algunos problemas de diversa índole. En primer lugar, era necesario cristianizar el estrecho (conquista de Murcia, 1265) para permitir la libre circulación de barcos hacia las ciudades atlánticas (—¿el avance de las conquistas cristianas fue paralelo a los intereses económicos y comerciales?—). Pero los avances debían ser también tecnológicos, pues el océano Atlántico no es un mar tranquilo. La consecución de todos estos objetivos permitió que, a finales del siglo XIII, los hombres de negocios mallorquines hubiesen establecido relaciones, a través de los itinerarios marítimos atlánticos, con Inglaterra y Flandes, donde compraban lana que transportaban a las ciudades manufactureras del Mediterráneo. Especialmente interesante en este capítulo es el ataque a las tesis de Roberto López acerca de la rivalidad entre Génova y Mallorca en el comercio con Inglaterra. La cuestión es replanteada por Abulafia quien, a la luz de nuevas fuentes, afirma que ambas ciudades protagonizaron, en realidad, la apertura y explotación de las rutas atlánticas. El viaje por estas aguas no estaba únicamente expuesto a los peligros naturales: la piratería, consentida en algunos casos, era uno de los mayores peligros para los barcos de los comerciantes mediterráneos. Importante es señalar aquí, y así lo hace Abulafia, el elevado conocimiento que los

mallorquines tenían de las costas de la Europa atlántica y del noroeste de África, conocimientos que plasmaron en multitud de mapas portulanos, caros y frágiles, que producían para los miembros de las monarquías europeas y para ricos mercaderes.

Con el capítulo onceavo finaliza la segunda parte de esta investigación. En ella Abulafia sintetiza la evolución de los territorios del reino de Mallorca tras su reincorporación a la Corona de Aragón, reincorporación que coincidió con una transformación, con una reorientación de la economía del reino como respuesta adaptativa a los problemas que planteaban la aparición de la peste negra y el consecuente desequilibrio en el circuito de la oferta y la demanda. La escasez de mano de obra, según Abulafia, lanzó a Europa hacia la ganadería, cuyos recursos fueron explotados de manera sistemática. Las islas reaccionaron desarrollando, además, una cierta industria textil. Gran importancia tiene en este momento el interés comercial que despierta la isla en la persona de Francesco di Marco Datini, cuyo ingenioso archivo es la mejor fuente histórica para el conocimiento de este período.

A grandes rasgos parece ser que los contactos mercantiles se mantuvieron en estos momentos, aunque descendientes en las rutas practicadas de forma habitual hasta entonces, pero intensificados entre Mallorca y los puertos catalanes más cercanos, como Barcelona.

Como conclusión Abulafia nos ofrece la última clave para la comprensión del complejo problema que trataba de explicarnos en las páginas anteriores: «The Catalan kingdom of Majorca was a political failure».

La tercera y última parte de este libro comprende los dos apéndices. Sólo en ellos el público poco especializado puede encontrarse algo desconcertado. *Mallorca and Sardinia 1267-1343* [Apéndice 1] y *The Montpellier inquest, 1338-1339* [Apéndice 2] están, en efecto, tratados de manera más

rigurosa, aportando algunas transcripciones documentales que ayudan a equilibrar el conjunto de la investigación.

Este libro debe ser un punto de referencia obligado, un punto de partida necesario para todos los estudios posteriores sobre el reino de Mallorca. Además de contar con un soporte bibliográfico y documental tremadamente sólido, aporta una observación novedosa del reino trabajado aquí desde el principio, al mismo nivel que otros reinos del Mediterráneo medieval. La novedad se combina con el mantenimiento de métodos clásicos de acercamiento a algunos

temas. El estudio de la población y de las relaciones que se establecen entre ellos (la vida, en definitiva) desde el prisma de las convivencias de las tres religiones comienza a reclamar, a finales de los 90, un giro de perspectiva; el desarrollo de una nueva metodología que acoja las constantes aportaciones bibliográficas aparece como un ejercicio necesario. Sin embargo esta es una obra importante, que se hace imprescindible para una seria contextualización del mediterráneo en los siglos XIII, XIV y XV.

F.J. Rodríguez-Bernal

FÀBREGA I GRAU, Àngel

*Diplomatari de la Catedral de Barcelona*, vol. 1. Documents dels anys 844-1000. Barcelona: Arxiu Capitular de la Catedral de Barcelona, 1995. 706 p.

El fondo documental del Arxiu Capitular de la Catedral de Barcelona tiene su origen en el segundo cuarto del s. IX, aunque no es hasta mediados del s. XIII cuando toda la colección documental se ordenó para formar el primer archivo de la catedral. El documento original más antiguo que se conserva en el archivo data del periodo 875/877, producido en la cancillería de los reyes carolingios, es la carta de salud, agracicimiento, estímulo y envío de ayuda económica por Carlos el Calvo a los barceloneses, aunque el más antiguo es el documento número uno copiado en el *Cartorial* datado el año 844.

El presente volumen corresponde al primero de un proyecto de investigación que pretende la publicación sistemática de la documentación medieval del archivo catedralicio. Esta publicación plasma, por fin, el sueño de muchos investigadores que se habían planteado la necesidad de publicar dichos fondos, y en especial los volúmenes del cartulario de la catedral, conocido como *Libri Antiquitatum*. Los impulsores del proyecto determinaron el término *ad quem* al año 1260, para

que de este modo la fecha coincidiese con la del último documento datado del *Cartorial*.

El proyecto, fraccionado en diversas etapas, tiene como objeto, en una primera fase ya realizada, el estudio y edición de los pergaminos originales y las copias, de los siglos IX y X, un total de 350 documentos. La segunda etapa, ya iniciada, recogerá los documentos del siglo XI, unos dos mil. Las siguientes etapas recogerán otros cuatro mil documentos, hasta llegar al año 1260. El conjunto del proyecto prevé el estudio y publicación de más de seis mil documentos del Arxiu de la Catedral de Barcelona.

En el presente volumen destacan dos partes bien diferenciadas, una primera de estudios (p. 3-179) que se inicia con una introducción general de todo el diplomatario y una segunda con la edición de los documentos. Àngel Fàbrega realiza en el primer capítulo un detallado recorrido por la historia del archivo, desde sus orígenes hasta nuestros días, destacando el importante papel que jugaron archiveros como Mn. Francesc Tarafa en el s. XVI, o